

EL AGUAYO PACEÑO

Escrito por Luz Castillo Vacano
Versión 11.05.09

Introducción

El día 11 de mayo fui entrevistada por La Justa en el programa “Juntos con la Justa” sobre el tema del aguayo. El texto preparado para esta ocasión es el que sigue, aunque ha sido enriquecido con las preguntas que hizo la audiencia de Canal 7. Agradezco a la señora Justa por llamar la atención sobre un tema que aún no ha sido trabajado en profundidad y a la vez por mostrar la riqueza boliviana en cuanto a su patrimonio textil.



En el mundo andino el tejido es más que una vestimenta: es un sistema de comunicación y constituye una de las expresiones más estéticas y desarrolladas. Durante miles de años los diferentes grupos étnicos trabajaron sobre las materias primas, los colores y las formas, creando variados estilos plásticos, que llegaron a generar verdaderos lenguajes a través de los cuales los pueblos dibujaron sus identidades y edificaron sus diferencias.

Los textiles producidos por los grupos étnicos del área andina y que sobresalen por su tradición, estética y simbolismo son aquellos que se emplean como vestimenta tanto masculina como femenina. La vestimenta femenina tipo textil tradicional, en palabras de la investigadora Teresa Gisbert, está formada por:



Isallo, Isacayo o Lliclla que es un manto

Uncuña o Tari que es una mantellina que sirve de tocado a la cabeza y también para llevar algo en ella

Urco, Acso o Saya que es una prenda rectangular que envuelve el cuerpo de la mujer a manera de vestido

Medio acsu que es un cubre falda o pollera tejida en telar

Hamacora que fue una mantellina de las mujeres incas, mayor que la uncuña y menor que la lliclla, hoy en desuso

Ahuayo que es una prenda rectangular que se usa para cargar niños y que literalmente significa pañal. Este significado se encuentra en el Vocabulario de la Lengua Aymara de Ludovico Bertoni

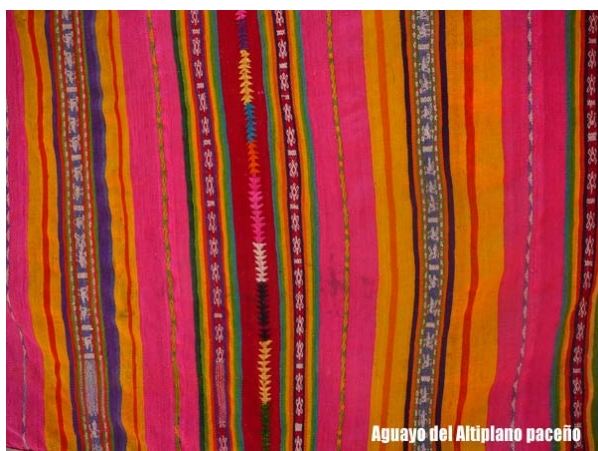
Huaka o Chumpi que es una faja femenina

Histalla o Chusoa que es una bolsa femenina

1 Qué es el aguayo

El arqueólogo Jedú Sagárnaga define awayu, ahuayo o jawayu como un tejido rectangular multicolor que hoy en día es realizado, por lo general, de lana de oveja. Sirve para cargar los niños u objetos a la espalda. Entraña un profundo contenido simbólico, continúa Sagárnaga, que representa fundamentalmente el espacio andino: la pampa (el espacio abierto, por tanto de un

color homogéneo) y el pallay (que serían las áreas cultivadas representándose, los surcos, a través de las líneas rectas de distintos colores). (Sagárnaga:71:2003)



Por su parte, Gisbert indica que el aguayo es considerado como pañal, según la revisión del Vocabulario de la Lengua Aymara de Ludovico Bertonio, es decir una manta que sirve para envolver un niño. Actualmente, prosigue la investigadora, se conoce como aguayo la manta que sirve para cargar al niño en las espaldas, tiene dimensiones algo mayores a la lliclla y también está formada por dos piezas. El típico aguayo aymara, sobre todo en la zona de La Paz, es listado con varios grupos de listas de colores alternando con estrechos sectores de pampa.

Tienen decoración restringida y es usual en ellos la decoración de letras. Muchas veces son prendas tejidas por la mujer para el matrimonio y llevan los nombres de los contrayentes. (Gisbert:68:2006)

2 Historia del aguayo en el contexto de la indumentaria y la identidad de la chola

Gisbert indica que su uso es reciente, ya que hasta finales del siglo XVIII los niños se llevaban en una cesta a manera de cuna. Esta prenda es usada hoy para cargar los niños a la espalda y mantiene su textura indígena, aunque la persona que lo usa sea una chola, es decir, una mestiza cuya ropa no está ya tejida en telar y que responde a otros moldes. (Gisbert:68:2006)

Silvia Rivera Cusicanqui en el libro *Ser mujer indígena, chola o birlocha en la Bolivia postcolonial* de los años 90 refiere el momento en que se desató un proceso de expansión del latifundio mediante la Ley de Exvinculación de 1874 y la Revisita de 1881, es decir ya bien entrado el siglo XIX. En este mismo periodo se ejecuta un censo, el Censo de 1877 que arrojó un total de 18.945 habitantes de las cuales el 56.66% eran mujeres y el 43.33, varones. En el estrato denominado “mestizos” existía un 61% de mujeres y un 36% de varones y entre los indígenas, 52.46% de mujeres y 47.53% de varones. En el sector blanco ocurre lo contrario: 88.96% de varones y 11.03% de mujeres. Según Rivera, esto muestra una fuerte participación de los sectores indígenas despojados crecientemente de sus tierras en las parroquias de los extramuros de la ciudad a medida que la tierra escaseaba y crecía la demanda urbana de bienes manufacturados, estos sectores indígenas, así como la población rural expulsada y una variedad de “castas” y entrecruzamientos étnicos producto de las uniones en la ciudad, constituirían el grueso de la población trabajadora urbana en 1877. (Rivera:181:1996)

Las mujeres, aunque también los hombres y niños, realizaron en este periodo un intenso movimiento que implicaba el transporte de productos, bienes manufacturados y, por supuesto, todo aquello con sus hijos a espaldas. Es así que el uso del aguayo se intensifica pues sirve como forma de llevar los productos comerciales de cuya venta dependía el sustento diario.

Este momento se ve marcado por una fuerte presencia indígena y mestiza en La Paz. La composición étnica de la ciudad se polariza, como sigue Rivera, en clases antagónicas que forman una pirámide social en cuya base se encuentran las clases pobres “indígenas” y en la punta, las clases altas “blancas”, que también crecieron en número, pero sobre todo en poder económico, y eran los nuevos amos que se disputaban al mismo tiempo las tierras comunales y el mercado laboral ampliado por la expulsión de la población comunaria de las haciendas. (Rivera:184:1996)

Las castas “mestizas” buscan subir de nivel en ésta pirámide mediante el dominio del castellano y el cambio de vestimenta, aunque al no ser esto suficiente, tendían a distinguirse de los “indios” reproduciendo la hegemonía de la cultura dominante, según Rivera. En esta pugna arribista, “indios” y “mestizos” demuestran su condición de agentes de comercio mediante el transporte de productos y mercancías en los aguayos, punto en el cual coincide su vestimenta.



En 1900 comienza otro proceso intenso de migración campo-ciudad de familias enteras que, siguiendo con Rivera, se vincularon a oficios artesanales y comerciales por cuenta propia.

La pirámide social va cambiando: la base está conformada por indígenas y cholos sometidos al tributo y a una serie de prestaciones laborales, y proveedores de bienes y servicios baratos en el mercado libre.

Mientras tanto los estratos medios crece modestamente y se fortalece una cúspide no sólo eximida de todo tipo de impuesto, sino dotada de un acceso privilegiado a la mano de obra de los primeros, indios y mestizos. (Rivera:187:1996). Como proveedores de bienes y servicios baratos, los indígenas y mestizos continúan usando el aguayo tanto para transportarlos como para ofrecerlos en las ferias y calles de la cada vez más dinámica ciudad de La Paz. En estos mismos aguayos son cargados los niños que serían parte del sector de los “mestizos” urbanos.

En 1925, prosiguiendo con Rivera, y con motivo de celebrar el centenario de la república, el gobierno de Bautista Saavedra dicta una ordenanza por la que se prohibía el ingreso a la Plaza Murillo de “indios” (varones) vestidos como tales (calzón partido y pantalón corto). Desde entonces las mujeres resultaron las únicas personas toleradas con esa “identidad emblemática” que conlleva la vestimenta, al delatar inequívocamente su adscripción étnica en la escala social urbana, posibilidad que les fue negada a los varones (cf. Barragán 1994; THOA 1986). A partir de esto la clase chola se homogeneizó. Los varones cholos pasaron a formar parte importante de las clases trabajadoras como artesanos, tipógrafos y trabajadores de imprenta, trabajadores de correos, y también trabajadores por cuenta propia. (Rivera:188:1996) Esta división entre mujeres mestizas dedicadas al comercio y al creciente servicio doméstico y los varones dedicados a oficios, fija uso del aguayo en la población femenina mestiza, pues los varones tenían trabajos que generalmente no requerían el desplazamiento espacial sino que eran generalmente sedentarios, por tanto, ya no requerían usar aguayos; así esta prenda queda asociada a las mujeres.

A la llegada de la Guerra del Chaco muchos hogares se encuentran en la difícil situación de no contar con un hijo o con un marido que sostuvieran, muchas veces con exclusividad, el presupuesto del hogar. Esto provoca, continuando con Rivera, la incorporación creciente de fuerza de trabajo femenina en el mercado de bienes y servicios, incluso en ocupaciones reservadas solo a varones. El Sindicato Femenino de Oficios Varios organizados a fines de los años 20 sería el fermento de lo que, debido a la guerra del Chaco, sería un conjunto importante de sindicatos de mujeres agrupados en torno a la Federación Obrera Local (FOL) que tendría fuerza hasta la revolución de 1952. El Censo de 1950 indica que la participación de las mujeres en el autoempleo, especialmente en los rubros del comercio, artesanía y servicios de alimentación, había crecido notablemente. En este momento se intensifica la participación de la mujer en el servicio doméstico constituyendo el primer espacio ocupacional tanto para las mujeres migrantes del campo como para las “cholas paceñas”. (Rivera:189-1991:1996)

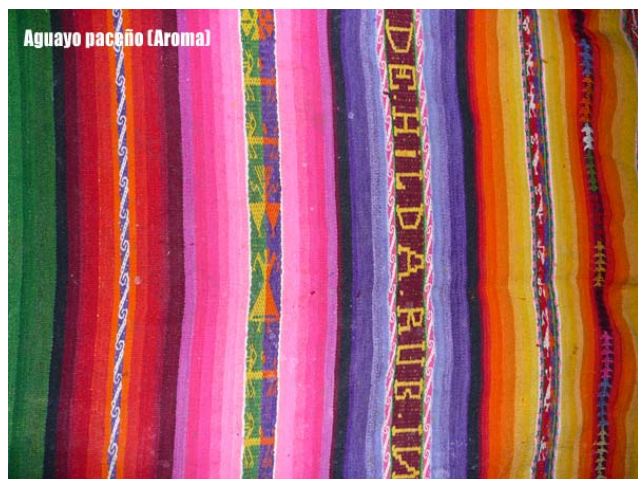


Las ocupaciones de la chola en el comercio, la artesanía, los servicios de alimentos, restaurantes, hoteles y en el servicio doméstico consolida el uso del aguayo pues todas ellas requieren de una forma de transporte de productos, objetos y niños. El uso del aguayo por parte de los varones queda así restringido a actividades muy puntuales y a ámbitos rurales.

Según Cesar Adrian Llanque la chola supervive gracias a la actividad comercial y a la vez le permite ganar independencia. Y la actividad comercial se apoya en el uso del aguayo, aunque actualmente el movimiento grande de mercaderías es hecho en medios de transporte motorizado.

3 El uso general del aguayo

3.1 El aguayo como accesorio de vestir y como accesorio de trabajo



a) Uso del aguayo en el trabajo: la carga de productos

Hoy se emplea el aguayo en el transporte personal individual de productos de toda especie desde agrícolas hasta mercadería para la venta según el peso que sea capaz de cargarse en la espalda. El objeto o producto es colocado en el aguayo extendido en una superficie plana y luego se colocan dos puntas opuestas sobre el objeto o bien se las amarra, para luego, sujetando las otras dos puntas opuestas y con ambas manos, llevar la carga a la espalda, finalmente, se amarran las dos puntas en el pecho.

La espalda es la parte del cuerpo que más peso puede sostener y así ubicado el aguayo es posible tener las manos libres. Estos productos y mercaderías son llevados a las ferias y a los mercados donde son vendidos, muchas veces, sobre el mismo aguayo tendido en el suelo, o en una mesa baja.

b) Uso del aguayo en la familia

- La carga de la wawa

Las wawas (bebés de pecho) son llevadas en la espalda no solamente por la comodidad, sino por que detrás de esta acción tan cotidiana se encierra una concepción del tiempo circular. En el mundo aymara el tiempo no es lineal, es decir, pasado, presente y futuro, donde el pasado está atrás y el futuro está adelante, sino que el tiempo es un círculo en el cual las personas caminan mirando el pasado por que es lo que conocen, lo pueden ver, y de espaldas al futuro, por que no lo conocen, no lo pueden ver. Entonces por eso la wawa, que representa el futuro, es llevada a la espalda. (Kullaka Angela Layme:2009)

Tradicionalmente, se envuelve a la wawa en un aguayo pequeño, con los brazos pegados al cuerpo para que no se enfríe y para que no se arañe la cara con sus propias uñas. Una vez envuelto, es colocado en el aguayo más grande, las puntas laterales de las bayetas o mantillas interiores se cruzan sobre el cuerpo, la punta inferior del aguayo se coloca también sobre el cuerpo y luego se lo lleva hacia las espaldas para amarrar dos puntas en el pecho. La punta superior que queda suelta sirve para tapar la cara de la wawa del frío y de molestias. De esta forma el aguayo forma parte de los accesorios de vestir imprescindibles de las cholas, como el sombrero y los calzados.

- El aguayo en el rutuchi, en el matrimonio y en el parto

El aguayo está presente en la vida familiar también en los ritos de paso. Así el niño o niña es colocado encima de un aguayo como representación del mundo andino, con su pampa y su pallay, para luego proseguir con el cortado de mechones. El dinero recaudado es contado sobre el aguayo. Como se indicó arriba, la mujer que se prepara para contraer matrimonio suele tejer un par de aguayos con el nombre de los contrayentes, como parte de su ajuar matrimonial. Al día siguiente después del matrimonio, los regalos que han recibido los recién casados son contados en el rito del "conteo de regalos", todos ellos son colocados sobre un aguayo. Durante el parto el aguayo es usado para el "manteo" que es una especie de masaje que se proporciona antes del

parto para que la wawa se acomode en posición adecuada para nacer, cuando no lo ha hecho en forma natural.



c) Uso del aguayo en la comunidad

- En el aptapi

El aptapi es una comida comunal en el altiplano, según Sagárnaga, en el que todas las mujeres traen la merienda familiar y la disponen sobre servilletas de tela que a su vez tienen como base awayus. Suele consistir de papa, chuño, oca, kaya, maíz, carne, charque, pescado, queso, huevo y/o ají.

De esta forma, el aguayo representa la geografía andina, y en la cual se encuentran los frutos que provee la Pachamama como son los descritos. El aguayo representa el compartir entre todos los miembros de la comunidad y consumir los alimentos sin dejar nada sobre los aguayos, pues es un favor de la madre tierra.



- En la fiesta

Parte del vestuario femenino es el aguayo que es colocado a la espalda cargando productos agrícolas locales, flores, plantas como la de la quinua. Conjuntos de aguayos forman arcos festivos en las entradas de las poblaciones andinas y también en las urbes, como forma de saludo comunitario a los bailarines. Estos arcos suelen llevar además vajilla plateada o dorada, muñecas con vestuario de danza, frutas dulces y animales de peluche. Las fiestas urbanas emplean además el aguayo como tapiz de los carros alegóricos que encabezan los grupos de bailarines, con un decorado similar al arco festivo.



4.2 El aguayo como tela industrial



El uso extendido del aguayo ha provocado que se replique en forma industrial con diseños inkas y tiahuanacotas. Actualmente la tela de aguayo vendida en las ciudades a un costo aproximado de Bs 30 (aproximadamente 1.20 x 1.20 m).

Esta industrialización y a su vez la producción artesanal del aguayo, han motivado recientemente el consumo turístico de prendas de aguayo como ser: pantalones, chamarras, chaquetas, porta-botellas pet, bolsones, maletines, manteles, carteras, y aplicaciones en carpetas, bolsones de cuero, blusas y camisas.

Listas de aguayo son usadas en las chaquetas del presidente Evo Morales y de sus funcionarios más allegados.

5 Significado social del aguayo

Socialmente el uso del aguayo significa la adscripción al sector “mestizo” denominado generalmente “cholo”, aunque fuertemente representado por las cholas, mujeres mestizas dedicadas principalmente al comercio de diversas mercaderías y a servicios de alimentación.



6 Significado estético del aguayo

En el paisaje andino predominan los tonos marrones y ocre por la tierra y los cerros, y el celeste del cielo. En los paisajes urbanos de las ciudades altiplánicas predomina el gris y el negro por las construcciones de concreto, en el centro, y el naranja del ladrillo en las periferias. Entonces, los llamativos colores rojo (chupika), naranja (laranka) intenso, verde (chuwña), lila, mostaza, azul (larama) rompen la monotonía de un paisaje de tonos bajos y hasta oscuros.

Estos colores representan la geografía del habitante andino, su contacto estrecho con la naturaleza, su relación con cultivos de productos, animales, flores, y el cielo en el contexto de un espacio abierto. Las listas muestran diseños fitomorfos (plantas), zoomorfos (animales), antropomorfos (personas) y también encontramos diseños abstractos como animales míticos, además de objetos cotidianos y estrellas. Las rosas y las estrellas son elementos favoritos de las tejedoras, también encontramos hojas, hombres y mujeres, diseños geométricos, la estrella Venus con ocho puntas, palabras que identifican a la tejedora: nombre, ayllu, comunidad y a veces elementos menos frecuentes como el escudo de Bolivia.

7 Significado cultural del aguayo

Culturalmente el aguayo queda asociado a una identidad aymara urbana, a una identidad andina, con fuertes lazos entre la ciudad y el campo, a su vez, se identifica con el trabajo tesonero de la mujer de pollera, de la chola paceña, en nuestro caso. También queda vinculado a la chola madre de cuyo hijo pequeño no se desprende mientras trabaja. Los aguayos bolivianos a su vez indican la pertenencia a un grupo étnico, población o espacio pues los diseños varían según su procedencia.

Conclusión

El uso del aguayo se consolida en el siglo XIX debido a la presencia masiva de mujeres aymaras en la ciudad de La Paz, producto de la migración campo ciudad. Actualmente está relacionado

íntimamente con la identidad chola, de raíces aymaras y de corte urbano; forma parte del lenguaje que identifica a quien lleva las prendas en su etnicidad y procedencia.

Bibliografía

SAGARNAGA, Jedú. Diccionario de la cultura nativa en Bolivia. Ed. CIMA, La Paz, 2003

www.maam.org.ar

GISBERT, Teresa; Arze, Silvia y Cajías, Martha. Arte textil y mundo andino, Ed. MUSEF, Embajada de Francia en Bolivia, Plural Editores, La Paz, 2006

BERTONIO, Ludovico. Transcripción del Vocabulario de la lengua Aymara 1612, Ed. Radio San Gabriel, La Paz, 1993

RIVERA Cusicanqui, Silvia; Arnold, Denise; Lehm, Zulema y otros. Ser mujer indígena, chola o birlocha en la Bolivia postcolonial de los años 90. Ed. Ministerio de Desarrollo Humano, Ed. Plural Editores, La Paz, 1996

SORUCO, Jorge. "La chola, el símbolo vivo del mestizaje" en Revista Escape/Vidas, Periódico La Razón, en www.la-razon.com

MEDINACELI, Ximena. Alterando la rutina. Mujeres en las ciudades de Bolivia. 1920-1930. Ed. CIDEM, La Paz, 1989